



PRESENTACIÓN DE *DIETARIO DE UN PROFESOR ESCÉPTICO*, DE ENCARNACIÓN FERRÉ

Viernes, 6 de julio de 2007, 19:30 horas, Salón de Actos de la FNAC

Por Antonio Villanueva

PRESENTACIÓN DE *DIETARIO DE UN PROFESOR ESCÉPTICO*, DE ENCARNACIÓN FERRÉ

Viernes, 6 de julio de 2007, 19:30 horas, Salón de Actos de la FNAC

Por Antonio Villanueva

INTRODUCCIÓN

Querida Encarna, señor editor, queridos amigos y compañeros, señoras y señores:

La verdad es que después de haber leído a Encarnación Ferré y tras haber escuchado su intervención aquí, me doy cuenta de que el papel que me toca como presentador de su *Dietario de un profesor escéptico* no puede ser sino la modesta introducción de un lector impactado que intenta comunicar su entusiasmo en público.

El libro que hoy presentamos, *Dietario de un profesor escéptico*, es el resultado de dos aventuras: la del editor y la del autor, en este caso autora: Encarnación Ferré.

LA AVENTURA DE EDITAR

Ser editor no me parece a mí la más sencilla de las tareas en el mundo de hoy. Hace falta decisión empresarial, pulso al elegir qué editar y un sentido de la mediación cultural que no se da en otras actividades económicas.

Creo que es imprescindible el apoyo de las instituciones a este sector, porque sin él difícilmente se afrontarán proyectos arriesgados, retos de interés. Y tampoco estaría de más una revalorización social de las editoriales y los editores. Así que mi más sincera enhorabuena a **Editorial Mira**, por haberse decidido a publicar este *Dietario de un profesor escéptico*, que me parece una apuesta muy, muy acertada.

Y fíjense, la **Colección Mira** cumple con esta entrega de Encarnación el número 104. En ella figuran nombres como Alfonso Zapater, Santiago Lorén, Michel del Castillo, Ángeles de Irisarri, Juan Bolea, Miguel Mena, Antonio Fernández Molina, Clemente Alonso Crespo, Javier Tomeo, Joaquín Carbonell, Ángela Labordeta, Ramón Acín, Antón Castro, Félix Romeo, Manuel Vilas... y otros muchos a los que pido disculpas por no citar ahora.

Hago extensivas mis felicitaciones a **Fernando Aladrén**, el autor de la portada, muy conseguida. El dibujo sintetiza muy bien la personalidad del profesor escéptico que protagoniza el relato, un hombre serio, maduro, algo perdido en la inmensidad urbana, sobrecogido por las tramas negras y grisáceas de la vida, pero con alguna ventana abierta al futuro, con algún rayo de blanca luz iluminando la penumbra.

LA AVENTURA DE ESCRIBIR

Pero la aventura de la que quiero hablar yo más extensamente es la aventura de la autora, **Encarnación Ferré**, con la que comparto tareas docentes en el instituto de Híjar desde hace algunos años y a quien agradezco el estar hoy aquí, el que haya pensado en mí para presentar este acto. Yo veo a Encarna muy activa en estos últimos tiempos, muy

consagrada a su tarea de escribir. La escritura ha sido su vocación de toda la vida y ella tenía mucha obra preparada en el cajón, dispuesta para salir, para publicar. Y en este camino nuestro de escritores, pues hay momentos en que las cosas no salen y no publicamos nada o publicamos poco, y luego llegan otras épocas en que todo se pone de cara y editamos dos, tres, cuatro libros de un tirón. Encarna, en estos últimos tiempos, ha publicado su novela *Saturna*, en editorial Ialda, su poemario *Del amor infinito*, su recopilatorio *Todo teatro*, y ha reeditado, corregida y aumentada, una de sus novelas más conocidas, *Memorias de una loca*, en edición del Instituto de la Mujer. Su vocación de escritora total le permite abordar todos los géneros literarios.

Ahora, en Editorial Mira, le ha llegado el turno a *Dietario de un profesor escéptico*, libro del que voy a hablar a continuación más extensamente.

EL TÍTULO: DIETARIO DE UN PROFESOR ESCÉPTICO

- Reflexionando sobre el título encuentro varias palabras que comentar, la primera *Dietario*. ¿Y por qué no *Diario*? Bueno, pues quizás porque el **diario** está más consagrado por la tradición literaria y se puede mantener durante más tiempo. Hay diarios de escritores que cubren una década, o dos, o incluso más. Sin embargo, el **dietario** está más sujeto al transcurrir de los días y más ceñido a la duración anual, es menos rimbombante, más insignificante o provisional, más efímero, también se presta mejor a ser un registro de notas misceláneas, reflexiones, apuntes varios. Yo creo que, con este término, Encarna apunta a una literatura personal, expresiva, confidencial y que se deja a sí misma en libertad

para escribir las cosas que quiere sin sujeción a una trama previa. El **diario** le permite intercalar pensamientos, estados de ánimo, anécdotas de una manera flexible. Y también conduce de una manera clara a la literatura autobiográfica, narrada en primera persona. Por otra parte, la elección del vocablo **diario** también tiene que ver con una desmitificación de la “Literatura con mayúsculas” y de los Grandes Géneros Literarios y del divismo del creador, en la que milita Encarna desde siempre:

“Hundido en el pantano me pregunto quién inculca el anhelo de figurar entre los elegidos” (p. 38), dice el protagonista en algún momento.

- *Profesor*. La segunda palabra del título que quiero comentar es esa. Resulta fácil ver en la figura del protagonista masculino un desdoblamiento literario de la profesora Encarnación Ferré. Se trata de un hombre serio, mayor, que ha vivido intensamente, tiene una percepción conflictiva del mundo que le rodea, vive solo, con su gato. No sabemos su edad, pero está en la edad madura:

“Este pájaro viejo que ya soy, el que jamás se posa en la adusta corteza de la tierra...” (p. 60).

“Arroyo soy buscando ya su desembocadura” (p. 100).

Tampoco sabemos su nombre, aunque resulta obvio cierto grado de identificación con la autora.

“Soy uno más del batallón callado; la víctima sin nombre” (p. 105).

El que se trate de un **diario de profesor** también explica que el libro comience el lunes, 1 de septiembre de 2003, y termine el 30 de junio de 2004, es decir, dura exactamente un curso escolar. Los profesores solemos tener nuestro pasado organizado en cursos escolares, más que en años naturales, y esta anomalía nuestra, por llamarla de alguna manera, aflora con frecuencia, por ejemplo cuando hacemos cosas como esta de escribir.

Al ser el protagonista un docente, aparecen en la obra dos discursos, marcados tipográficamente con dos tipos de letra diferentes, por lo que es fácil distinguirlos a simple vista: uno correspondiente a las reflexiones del protagonista, y otro que son las cosas que él dice a los alumnos en las clases. El primero es más extenso que el segundo, lo que ocupa más espacio en el libro son las reflexiones del profesor. En el *Dietario...* aparecen los claustros, las fiestas escolares. Hay anécdotas propias de la vida escolar; por ejemplo, cuando los alumnos quieren cambiar la fecha de un examen o cuando el profesor se dirige a coger su coche a la salida del instituto y se encuentra con que le han escrito “Tonto” en el cristal (anécdota que no deja de tener candor y que sería fácil repensar en un tono más *heavy*). Hay también advertencias contra lo inane y se ensalza el valor de lo sencillo. Hay cierta fe en el valor de la educación, pero no es una fe ciega o absoluta, porque el escéptico rechaza el entusiasmo:

“Despertar inquietud por la cultura es formar una duna acarreando, uno a uno, cada grano de arena” (p. 33), nos dice el profesor consciente de la dificultad de enseñar.

- *Escéptico*. Última palabra del título y un calificativo para el profesor: *escéptico*. El escepticismo requiere el peso de la edad. En un joven resulta menos creíble, difícilmente pasaría de ser pose, artificio o cursilería. Pero en una persona madura es mejor compañero. El experimentado profesor nos enseña la intimidad de sus pensamientos, medita sobre la vida desde el desencanto o, al menos, desde el distanciamiento; nos habla del lastre del vivir; cuenta sus recuerdos, sus inquietudes, sus amores y dolores, sus tristezas y anhelos; intuimos su conflicto personal, su soledad, su vivir deshabitado.

“A la deriva estoy” (p. 40).

“¿Cómo curar el alma? (p. 41).

“La esperanza ya no me asiste más; yace dentro de mí como un niño vencido de cansancio” (p. 44).

“La sonrisa es una mueca apenas” (p. 47).

“Me he castrado el sentir” (p. 48).

“No consigo vivir sin lacerarme” (p. 48).

“Es negro el sol y no crecen más lirios” (p. 99).

“Chirrían las entrañas”

“Se me ha muerto el jardín” (p. 102).

Hay toda una literatura de la madurez que toma este acento un tanto desgarrado, tan característicamente descreído. Por ejemplo, los apócrifos de Antonio Machado, o *Toque de queda*, la última obra de Ramón Sender, un escritor con el que Encarna mantuvo amistad epistolar y de quien recibió la carta postrera, la última que escribió Sender y que Encarna recibió en su domicilio de aquel entonces, en Baracaldo, unos días después de la muerte del escritor. Esta literatura del ocaso, “literatura cineraria” o de las cenizas de la vida, va a lo esencial, como la “poesía pura” de Juan Ramón Jiménez; se olvida de la trama; deslocaliza la acción (personajes sin nombre, lugares y tiempos no determinados); maximiza la reflexión introspectiva; adopta un tono gnómico o sentencioso, que se expresa en frases cortas y contundentes, y usa el presente atemporal, transmite verdades eternas, alcanza en ocasiones unos sorprendentes tonos líricos o llega al expresionismo con frases de estilo aforístico. En definitiva, se aleja del accidente y va a la sustancia, busca la palabra exacta. Por eso Encarna dice cosas como éstas:

“El verbo «ser» nos conduce al equívoco de imaginar que *somos* cuando en realidad *estamos* meramente” (p. 22).

“Lo idóneo sería que todo se expresase sin la necesidad de que mediase un símbolo. Algo de él puede contaminar a lo representado. De ahí que resulte exigible la pobreza y pureza de los símbolos. (No creo en su inocencia)” (p. 75).

“La idea en sí y el vocablo que la reviste tienen poco en común. ¡Ah, palabra precisa!” (p. 104).

“Determinados acontecimientos son responsables de enjuiciar las cosas de manera distinta. A esos los llamo *mojones de la vida*. Son algo así como una llamada o una referencia; un toque de atención. El resto de los hechos se arrastrará en silencio por cualquier calendario” (p. 46).

“Nada nos pertenece. Nada tenemos” (p. 101). Ni amor, ni deseo de un cuerpo caduco. “Algo gané al ir envejeciendo: se agostó la pasión” (p. 42).

RESUMIENDO EL DIETARIO...

Pues todo esto es lo que encontramos en *Dietario de un profesor escéptico*, una obra que nos muestra a todos nosotros tal cual somos, frágiles, insignificantes, víctimas de la vida. Ella lo dice muy líricamente:

“Los pájaros pasarán esta noche mucho frío porque llueve y las ramas echaban solo hielo, humedad (...) tiemblan de estupor e intuyen en peligro lo único que poseen: su diminuta vida” (p. 43).

Somos, como los pajarillos, seres aferrados a lo poco que tenemos, a nuestras pobres certezas humanas:

“Nos asusta la relatividad porque lleva a vivir en lo inseguro, no aceptamos que hasta el Sol debe morir inexorablemente” (p. 82).

La enseñanza principal, lo que nos enseña el viejo profesor, es nuestra insignificancia de seres marcados para la muerte. Somos contingentes, pero aspiramos al Absoluto, a trascender:

“No puede aceptarse fácilmente el olvido o la ausencia del Gran Ser” (p. 19), recalca este profesor que, como los místicos, va “buscando lo inefable”.

Vivimos pendientes de cosas menudas, sin elevación. Somos galeotes de la vida. Estamos convulsionados por la gran ciudad, atrapados por la inmediatez, en vez de mirar montaña arriba (p. 64).

El profesor, hombre sensible, estoico, austero, descreído, cansado y fragilizado por el vivir, conserva aún su pequeña fe de educador y ella le lleva a reflexionar en alta voz. Se emociona como Machado apuntando en su cartera el milagro del olmo viejo reverdecido, y vislumbra jóvenes saliendo de las aulas, calles vacías, paisajes a través de los cristales...

“sobre el castillo vuela un ave de cierta envergadura” (p. 33).

O confiesa sueños rotos, renunciadas, intensidades pasadas, anhelos y afanes, amores intensos...

“La juventud estaba tan llena de proyectos, de sueños y acasos...” (p. 31).

“Cada ser crea el orbe en el que habita” (p. 76).

“Antes inventaba orbes a mi medida. ¿Ahora? Malvivo en el mezquino que entre todos formamos. Antes existían ciudades y quería sentir las” (p. 35, recuerda un poema de Ángel González).

El *Dietario de un profesor escéptico* es literatura de la confesión del yo (dimensión expresiva), y en ese sentido creación de honda raíz lírica. Pero también es una forma de indagación y entendimiento (dimensión intelectual):

“albergo una obsesión por descifrarlo todo. El espíritu está sediento de presagios” (p. 28);

“A más pensar, más vida para el alma” (recuerda la frase de Santiago Ramón y Cajal que tanto le gustaba a Laín: “A patria chica, alma grande”).

“Desdeñar el conocimiento de lo elevado es como negarse a platos succulentos y conformarse con masticar bellotas” (p. 79).

No nos basta con la percepción, necesitamos también el entendimiento que ordena y clasifica. La obsesión es el único pensamiento insano (p. 84).

La literatura de Encarna es también una forma de terapia (dimensión sanadora); una manera de lamer las llagas o de cauterizar las heridas del vivir:

“Sé quién no soy y quién no seré nunca. Me regodeo en la desesperanza y entiendo que vivir es un largo camino en soledad”.

El tiempo pasa y la vida pesa, nos dice Encarna, y también pesa lo vivido:

“No se rompe jamás con el pasado. Él es tela de araña que nos mantiene presos; del pasado no podemos huir” (p. 57).

El profesor vive en un presente erosionado por el pasado. Y a nosotros, como lectores, nos va ganando la intriga y queremos saber de dónde procede ese escepticismo feroz, qué es lo que ha desencadenado tanto sufrimiento. Al final todo encaja y se despeja la incógnita, pero la autora cierra el texto con una nueva pregunta:

“¿Por qué ha de ser la vida tan, tan dura?”

Como es sabido, todo aquel que pregunta tiene la esperanza de la respuesta. Así que hará falta seguir indagando, buscando caminos y razones, y dudas, y tal vez. Porque mientras haya preguntas que requieran respuesta aún tendremos algo por hacer en la existencia.

“Todo es un laberinto de interacciones cósmicas, [todo] es cambiante, proteico, inasible...” (p. 34).

“No reniego del hombre, simplemente no entiendo su porqué” (p. 36).

“Cuando todo se pierde queda el recurso a la imaginación” (p. 50).

No es esta una literatura de la maledicencia, no hay una crítica amarga contra alguien o contra algo concreto, contra el sistema social o

educativo, contra Fulano o Mengano. Hay más bien una queja existencial, un dar fe de la contingencia de la vida humana, ese ser inevitablemente “pastores de la muerte” como decía el filósofo.

“Me creo un ser endeble al que la suerte niega casi todo (...) Me extenué con la temeridad del grano que se pudre en lo profundo. Pero, a pesar de todo, no conozco el rencor” (p. 40).

[El odio] “es un gas que penetra por todas la rendijas” (p. 49).

Encarna propone un regreso a lo simple, a la tierra, un “volver al núcleo unigénito” (p. 60). El Universo fue primero eclosión y ahora retroceso (p. 84).

En su libro hay desmoralización, abulia, nihilismo, desorden... Pero, como dice el profesor, algo nos impulsa: el hábito de sobrevivir o esa bendición del trabajo, que no maldición, que da continuidad a nuestro existir (p. 62). “No te dejes vencer”, se dice y nos dice.

Libro misceláneo del que no me resisto a leerles algunas perlas en las que el profesor declara su *Ars poetica*:

“Si me diesen a elegir preferiría el escenario estético al escenario práctico” (p. 70).

O se muestra:

Intelectual

“Teorizar me cansa pero vivir también y el cúmulo total de los cansancios me ha repercutido hasta el punto de nada ambicionar. De ya no molestarme ni en soñar siquiera” (p. 35).

Plástico

“Hay cierta crispación en la tristeza. Su trompa se nos mete por la sangre y la va succionando” (p. 45).

Poético

“La ciudad se ha muerto en el asfalto como una vieja actriz muy maquillada” (p. 96).

Crudo

“El ocaso ya viene dispuesto a devorar” (p. 66).

Observador

“Yo vivo solitario, pero estoy muy pendiente de los seres” (p. 67).

Cósmico

“Ráfagas implacables de pensamientos tristes voltean por el aire” (p. 65).

“Ladra un viento asesino que en cada esquina aguarda para herir” (p. 72).

“Un viento que se llama *impaciencia* y *ansia* y *decepción* recorre los desiertos recogiendo alaridos” (p. 73).

“Somos seres infinitamente llenos de vacío, puesto que enormes huecos constituyen los átomos” (p. 76).

LA AVENTURA DE LEER

Libro admirable, lleno de autenticidad y de saber experiencial.

Pero ningún libro está completo sin una tercera aventura que se une a la del editor y a la del autor. La aventura del lector, que es como la tercera salida de don Quijote, una salida al mundo, dispuestos a aprehenderlo o captarlo en toda su complejidad.

Ante el aluvión de libros que se publica hoy en día, ¿cómo podemos distinguir los que merecen la pena? Antes, Encarna, en su intervención, hizo alusión a lo que ella quiere ser y a lo que no está dispuesta a hacer. Para ella escribir nace de una necesidad y es una vocación, un ejercicio de sinceridad, un intento de comunicarse. Ustedes ya han visto en las líneas que he leído aquí cómo pule cada renglón igual que el poeta trabaja los versos. En su escritura hay oficio, seriedad, entrega, soledad también (porque sin ella nada puede el artista). Hay cadencia y ritmo interior, yo diría casi respiración. Con Encarna no van las camarillas ni el nepotismo ni

las modas ni lo insustancial. Ella es una escritora que se ofrece toda entera, tal cual es, en cada obra suya, sin componendas ni zarandajas.

Pasen y vean, es decir, pasen y lean. Lean este *Dietario*... lleno de dimensiones líricas, de frases afortunadísimas y momentos felices. Compartan con el profesor escéptico sus sensaciones y sus obsesiones, denle o quítenle la razón de sus argumentos, imagínense a ustedes mismos pasajeros de la vida, escribiendo quizá también desde el escepticismo o desde la alegría o la burla.

Los libros hay que vivificarlos en la lectura, porque sin lectores no hay literatura.

Yo les invito a participar en esta aventura, a recorrer las páginas de un libro que estoy seguro que no les defraudará, que les ofrecerá algo, alguna cosa: un pensamiento, una historia, una sensación, una duda, una ilusión. Más allá del escepticismo que pregonaba su protagonista, yo tengo esta sola y única certeza.

Encarna: gracias por habernos dado este libro considerable. Y estoy seguro de que muy pronto nos ofrecerás alguna más de tus joyas literarias.

Más información

- <http://www.miraeditores.com/busqueda.php?accion=detalle&id=20070605111205956105>
- <http://antoncastro.blogia.com/2007/081602-esta-noche-borradores-hacia-las-dos-de-la-manana.php>
- <http://www.aragondigital.com/asp/noticia.asp?notid=35407&secid=12>